COLLEEN HOOVER

NO TE OLVIDARÉ

Traducción de Lara Agnelli

Planeta

1

Kenna

Hay una pequeña cruz de madera clavada en el suelo, en la cuneta, con la fecha de su muerte escrita en ella.

Scotty la odiaría. Me apuesto algo a que fue su madre quien la puso ahí.

—¿Puede parar un momento?

El conductor reduce la velocidad hasta detener el taxi. Bajo y me dirijo hacia la cruz. La sacudo a lado y lado hasta que la tierra que la sujeta se afloja y consigo arrancarla.

¿Moriría aquí mismo o en medio de la carretera?

No presté demasiada atención a los detalles durante la vista previa del juicio. Al escuchar que se había alejado a rastras varios metros del coche, empecé a canturrear mentalmente para no oír lo que decía el fiscal. Y luego, para no tener que enfrentarme a los detalles si el caso llegaba a juicio, me declaré culpable.

Porque, técnicamente, lo fui.

Tal vez no lo matara con mis actos, pero sin duda lo maté con mi inacción.

«Pensé que estabas muerto, Scotty, pero los muertos no pueden arrastrarse.»

Regreso al taxi con la cruz en la mano. La dejo en el asiento trasero, a mi lado, y espero a que el taxista vuelva a la carretera, pero no lo hace. Busco su mirada a través del retrovisor y compruebo que me observa con una ceja alzada.

—Robar memoriales de accidentes debe de traer mal karma. ¿Está segura de que quiere llevárselo?

Aparto la mirada y le miento.

—Sí, fui yo quien lo puso.

Noto sus ojos todavía clavados en mí mientras se incorpora a la carretera.

Mi nuevo apartamento está a dos kilómetros y medio de aquí, en dirección contraria a donde solía vivir. No tengo coche, por lo que me decidí por un piso más céntrico para poder ir andando al trabajo. Siempre y cuando consiga un trabajo, claro, lo que no será fácil dado mi historial y mi falta de experiencia. Por no hablar del mal karma que debo de llevar conmigo ya, si le hago caso al taxista.

Robar el memorial de Scotty tal vez traiga mal karma, pero se podría argumentar que dejar ahí la cruz de alguien que expresó abiertamente el odio que sentía por los memoriales de carretera tampoco puede ser bueno. Por eso le pedí al taxista que se desviara por esta carretera secundaria. Estaba segura de que Grace habría colocado algo en el lugar del accidente y sentía que tenía que quitarlo. Se lo debía a Scotty.

—¿Efectivo o tarjeta? —pregunta el conductor al parar.

Tras consultar el importe en el taxímetro, saco efectivo del bolso y le pago, añadiendo una propina. Cojo la maleta y la cruz de madera que acabo de robar, salgo del taxi y me dirijo al edificio.

Mi nuevo apartamento no forma parte de un gran bloque. Es un único edificio flanqueado por un aparcamiento

abandonado a un lado y un pequeño supermercado al otro. En la planta baja hay una ventana tapada con un tablón de madera contrachapada. También hay varias latas de cerveza en distintos grados de descomposición tiradas por el suelo. Le doy una patada a una de ellas para que no se me enganche en las ruedas de la maleta.

El sitio tiene peor aspecto al natural que por internet, pero no esperaba otra cosa; la casera ni siquiera me pidió el nombre cuando llamé para preguntar si tenían algún apartamento disponible. Me dijo: «Siempre hay apartamentos disponibles. El pago es en efectivo. Yo estoy en el número uno». Y colgó.

Llamo al apartamento número uno. Un gato me mira desde la ventana. Está tan quieto que me empiezo a plantear si se trata de una estatua, pero luego pestañea y se escabulle.

Se abre la puerta y una diminuta mujer mayor me mira con expresión contrariada. Lleva rulos en el pelo y la nariz manchada de pintalabios.

—No necesito nada de lo que vende.

No puedo apartar la vista del pintalabios, que se escurre en las arrugas que le rodean la boca.

—Llamé la semana pasada preguntando por un apartamento. Me dijo que tendría uno disponible.

La expresión de la mujer, tan arrugada que parece una ciruela pasa, cambia al reconocerme. Hace un sonido despectivo mientras me examina de arriba abajo.

—No te imaginaba así.

No sé cómo tomarme su comentario. Bajo la vista hacia los vaqueros y la camiseta mientras ella se aparta de la puerta un momento y regresa con un monedero de los que cierran con cremallera.

—Son quinientos cincuenta al mes. La primera mensualidad y la última me las pagas ahora.

Cuento el dinero y se lo entrego.

—¿No hacemos contrato?

Ella se ríe mientras guarda el dinero en el monedero.

—Estás en el apartamento número seis. —Señala con el dedo hacia arriba—. Es justo encima del mío, así que no montes escándalo, que me acuesto temprano.

—¿Qué servicios se incluyen en el alquiler?

—El agua y las basuras, pero la luz la pagas tú. Toca pagarla ya. Tienes tres días para hacer el cambio de nombre. Hay que dejar un depósito de doscientos cincuenta dólares para la compañía.

«Joder.»

¿Tres días para conseguir doscientos cincuenta dólares? Empiezo a cuestionarme si he acertado al venir tan pronto. Cuando se me acabó el período en la vivienda tutelada, tuve que elegir entre gastarme los ahorros tratando de sobrevivir en aquella ciudad o recorrer trescientos kilómetros y gastarme el dinero aquí.

Y decidí que prefería gastarlos en la ciudad donde vive la gente que estuvo ligada a Scotty en el pasado.

La mujer retrocede un paso.

—Bienvenida a los apartamentos Paradise. Te llevaré un gatito cuando ya estés instalada.

Inmediatamente apoyo la mano en la puerta para impedir que la cierre del todo.

—Un momento. ¿Qué? ¿Un gatito?

—Sí, un gatito. Es como un gato, pero más pequeño.

Doy un par de pasos atrás, como si la distancia fuera a protegerme de lo que acaba de decir.

—No, gracias. No quiero un gatito.

—Es que tengo demasiados.

—No quiero un gatito —repito.

—¿Quién no querría un gatito?

—Yo misma.

Ella resopla, como si mi respuesta le resultara del todo irracional.

—Te propongo un trato —me dice—. Me sigo ocupando yo de la luz durante dos semanas si te llevas un gatito.

«Pero ¿dónde me he metido?»

—Vale —añade como si mi silencio fuera una táctica de negociación—. Un mes entero. Pago yo la luz de todo el mes si te llevas uno. Solo uno.

Entra en el piso, pero deja la puerta abierta.

No quiero un gatito ni de broma, pero por ahorrarme pagar doscientos cincuenta dólares este mes me quedaría con varios.

Vuelve a aparecer con un minino negro y naranja, que me deja en las manos. Al parecer es una hembra, porque dice:

—Ahí la tienes. Me llamo Ruth, por si necesitas algo, pero intenta no necesitar nada. —Va a cerrar la puerta otra vez.

—Un momento. ¿Podría decirme dónde puedo encontrar una cabina telefónica?

Ella se echa a reír.

—Sí, en 2005 —responde, y esta vez cierra la puerta del todo.

La gatita maúlla, pero no es un sonido dulce; más bien suena como un grito de socorro.

—Ya somos dos —murmuro.

Me dirijo a la escalera con la maleta y... mi gatita.

Tal vez debí haber esperado un poco más antes de regresar. Trabajé hasta reunir dos mil dólares, pero me lo he gastado casi todo en el traslado. Tendría que haber ahorrado más. ¿Y si me cuesta encontrar trabajo? Y ahora encima tengo la responsabilidad de mantener viva a esta gatita.

Mi vida acaba de volverse diez veces más complicada, así, de golpe.

Llego al apartamento con la gatita colgando de la camiseta.

Meto la llave en la cerradura, pero he de hacer fuerza con ambas manos para que gire. Cuando abro la puerta de mi nuevo piso, contengo el aliento: me da miedo el olor que me encontraré.

Enciendo la luz y echo un vistazo alrededor, soltando el aire lentamente. No huele mucho a nada... y eso es bueno y malo.

Hay un sofá en el salón. Básicamente, eso es todo lo que hay.

El salón es pequeño; la cocina, todavía más pequeña, y no hay comedor. Ni dormitorio. Es un estudio, de un solo ambiente, con un armario y un baño tan pequeño que el retrete está pegado a la bañera.

Es un puto antro. Un cuchitril que no llega a los cincuenta metros cuadrados, pero para mí es una gran mejora. He pasado de compartir una celda de nueve metros cuadrados con otra interna a compartir una vivienda tutelada con seis compañeras de piso, y ahora esto: un piso de cincuenta metros cuadrados para mí sola.

Tengo veintiséis años y es la primera vez que vivo oficialmente sola. Es tan aterrador como liberador.

No sé si podré seguir permitiéndome vivir aquí el mes que viene, pero lo intentaré, aunque tenga que pedir trabajo en todas las tiendas que vea.

Necesito vivir en mi propia casa si quiero defender mi caso ante los Landry. Necesito que vean que soy independiente, aunque esa independencia no vaya a ser fácil de conseguir.

La gatita quiere bajar, así que la dejo en el suelo del salón.

Camina en círculos llamando a alguien que ha dejado abajo. Siento una punzada en el pecho al verla buscar una salida. Busca el camino de vuelta a casa. Quiere volver con su madre y sus hermanos.

Parece un abejorro o algo disfrazado para Halloween, con el pelaje moteado de negro y naranja.

—¿Cómo te vamos a llamar?

Sé que, casi seguro, seguirá sin nombre durante unos cuantos días hasta que me decida; me tomo la responsabilidad de ponerles nombre a las cosas muy en serio.

La última vez que me encargué de ponerle nombre a alguien, me lo tomé más en serio que ninguna otra cosa en la vida. Supongo que ayudó el hecho de que, durante los meses que pasé embarazada en la celda, no tenía nada más que hacer que pensar en nombres para el bebé.

Elegí el nombre de Diem porque sabía que, en cuanto me soltaran, volvería aquí y haría todo lo posible por encontrarla.

Y aquí estoy.

«*Carpe Diem*.»

2

Ledger

Mientras aparco la camioneta detrás del bar, me fijo en que aún llevo las uñas de la mano derecha pintadas.

«Mierda.»

Había olvidado que anoche jugué a los disfraces con una niña de cuatro años. Al menos, el lila de las uñas combina con la camisa del uniforme.

Cuando bajo de la camioneta, veo que Roman está tirando las bolsas de basura en el contenedor. Se fija en la bolsa de regalo que llevo en la mano y sabe que es para él, así que me la quita.

—Deja que lo adivine. ¿Una taza? —Echa un vistazo a la bolsa.

Es una taza. Una taza con asa para el café. Como siempre.

No me da las gracias. Nunca me las da.

Ninguno de los dos reconocemos lo que esas tazas significan, pero le compro una todas las semanas. Con esta ya van noventa y seis.

Tal vez debería dejar de comprarlas, porque tiene el piso lleno de tazas de café, pero a estas alturas ya no puedo

parar. Lleva casi cien semanas sobrio y estoy esperando a ese momento para regalarle una taza especial: una de los Broncos de Denver, el equipo que más odia.

Roman señala hacia la puerta trasera del bar.

—Hay una pareja dentro molestando a otros clientes. Será mejor que no los pierdas de vista.

Qué raro. No solemos tener clientes problemáticos tan temprano; todavía no son ni las seis de la tarde.

—¿Dónde se sientan?

—Cerca de la máquina de discos. —Cuando se fija en mis uñas, añade—: Bonitas uñas, tío.

—¿Verdad? —Levanto la mano derecha y meneo los dedos—. No está mal para tener cuatro años.

Abro la puerta trasera del bar y me recibe el molesto sonido de mi canción favorita perpetrada por Ugly Kid Joe.

«No me jodas.»

Cruzo la cocina y al asomarme al bar los veo inmediatamente. Están inclinados sobre la máquina de discos. Me acerco a ellos sin hacer ruido y veo que ella está marcando los mismos cuatro números una y otra vez. Miro por encima de sus hombros mientras ambos se ríen como niños traviesos. *Cat's in the cradle* va a sonar treinta y seis veces seguidas.

Me aclaro la garganta.

—¿Os parece divertido que vaya a tener que escuchar la misma canción durante las próximas seis horas?

Mi padre se da la vuelta al oír mi voz.

—¡Ledger! —Me da un abrazo. Huele a cerveza y a aceite de motor. Y... ¿a limas, tal vez?

«¿Están borrachos?»

Mi madre se aparta de la máquina de discos.

—Estábamos tratando de arreglarlo. No hemos sido nosotros.

—Claro, claro. —Le doy un abrazo.

Nunca me avisan de cuándo van a venir. Simplemente aparecen y se quedan un día o dos o tres, y luego vuelven a marcharse en su autocaravana. Lo que resulta novedoso es lo de presentarse borrachos. Miro por encima del hombro y veo que Roman está detrás de la barra. Señalo a mis padres y le pregunto:

—¿Esto se lo has hecho tú o ya venían así?

Roman se encoge de hombros.

—Un poco de cada.

—Es nuestro aniversario —anuncia mi madre—. Estamos de celebración.

—Espero que no hayáis venido conduciendo hasta aquí.

—No —responde mi padre—. El coche está en el taller, igual que la autocaravana. Hemos llamado a un conductor de Lyft. —Me da palmaditas en la mejilla.

—Queríamos verte, pero llevamos dos horas esperando a que llegues y ahora ya nos vamos porque tenemos hambre.

—Por eso os digo que me aviséis cuando vayáis a venir. Tengo una vida.

—¿Te habías olvidado de nuestro aniversario? —me pregunta mi padre.

—Se me ha pasado, lo siento.

—Te lo dije —le dice a mi madre—. Afloja, Robin.

Mi madre se mete la mano en el bolsillo y le da un billete de diez dólares.

Apuestan constantemente, sobre cualquier cosa. Sobre mi vida amorosa. Sobre qué días señalados recuerdo y cuáles no. Sobre todos los partidos de fútbol americano que he jugado... Aunque sospecho que llevan varios años intercambiándose el mismo billete de diez dólares.

Mi padre levanta el vaso vacío y lo sacude.

—Otra copa, camarero.

Cojo el vaso.

—¿Qué tal un poco de agua fresca? —Los dejo junto a la máquina de discos y voy a la barra.

Mientras les estoy sirviendo dos vasos de agua, una chica entra en el bar con pinta de despistada. Mira a su alrededor como si fuera la primera vez que estuviera aquí y, en cuanto ve un sitio vacío en un extremo de la barra, va directa hacia allí.

La sigo con la mirada mientras cruza el bar. La observo con tanta atención que los vasos se desbordan y lo lleno todo de agua. Cojo un trapo y seco el desastre que he montado. Cuando miro a mi madre, veo que ella está examinando a la chica. Luego a mí. Y otra vez a la chica.

«Mierda.»

Lo último que necesito es que trate de emparejarme con una clienta. Le encanta hacer de celestina cuando está sobria; no me quiero ni imaginar lo que es capaz de hacer tras haberse tomado unas copas. Debo sacarlos de aquí.

Les llevo los vasos de agua y le doy la tarjeta de crédito a mi madre.

—Id al Jake's Steakhouse. Yo invito. Id andando para que se os pase un poco la borrachera por el camino.

—Qué amable. —Ella se lleva las manos al pecho teatralmente y mira a mi padre—. Benji, lo educamos tan

bien... Vamos a celebrar nuestro éxito como padres con su tarjeta de crédito.

—Lo hicimos francamente bien —corrobora mi padre—. Deberíamos tener más hijos.

—Menopausia, cariño. ¿Te suena de algo? Fue aquella época en que te odié durante un año entero. —Mi madre coge el bolso y se llevan los vasos de agua para el camino.

—Deberíamos pedir entrecot, ya que paga él —murmura mi padre mientras se alejan.

Suelto un suspiro de alivio y regreso al interior del local. La chica sigue tranquilamente en su rincón, escribiendo en una libreta. Roman no está en la barra en ese momento, así que supongo que nadie le ha tomado nota aún.

«Me presento voluntario como tributo.»

—¿Qué quieres que te traiga? —le pregunto.

—Agua y una Coca-Cola light, por favor.

No levanta la cabeza, así que voy a preparar lo que me ha pedido. Cuando vuelvo con las bebidas, sigue escribiendo. Trato de ver lo que ha anotado, pero ella cierra la libreta y alza la mirada.

—Gra... —Se queda atascada a media palabra—. Gracias —murmura, antes de meterse la pajita en la boca. Parece sofocada.

Quiero preguntarle cómo se llama y de dónde viene, pero con los años que llevo como propietario de este local he ido aprendiendo que hacerles preguntas a tipos solitarios puede acabar en conversaciones interminables de las que luego me cuesta escabullirme.

Lo que pasa es que, en general, la gente que entra en el bar no me llama la atención como ella. Señalando las dos bebidas, le pregunto:

—¿Esperas a alguien?

Ella se acerca los vasos un poco más.

—Nop. Es que tengo sed. —Rompe el contacto visual y se echa hacia atrás, tirando de la libreta y volcando toda su atención en ella.

Pillo la indirecta y me voy a la otra punta de la barra para darle intimidad.

Roman regresa de la cocina y la señala con la cabeza.

—¿Quién es?

—No lo sé, pero no lleva anillo de casada, así que no es tu tipo.

—Muy gracioso.